

N.º 7

25 cts

UNA MISIÓN PELIGROSA

DR RICARDO TALMADGE



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACIÓN SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCIÓN

Una misión peligrosa

Versión novelesca de la película de igual
título, que interpreta el simpático actor

RICHARD TALMADGE

por
MANUEL NIETO GALÁN



Exclusiva: GAUMONT.
Paseo de Gracia, n.º 66



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

UNA MISION PELIGROSA

I

A todas horas era la gran fábrica de aceito de Samuel Sanford como un infierno trepidante, en el que el joven Ricardito, el hijo del actual propietario, trabajaba como un obrero más, hasta que no llegara la hora de erigirse en dueño y señor de la fábrica.

Su padre, que uniendo en sí inteligencia y actividad, había llegado a ser una de las primeras figuras de la industria del acero, sentía el legítimo orgullo de ver a su único hijo templando su alma en el trabajo, como se templaba en el fuego y el agira el aceito que salía de sus talleres.

De vez en cuando, gentes del gran mundo que los Sanford frecuentaban, impulsadas por la curiosidad, ponían gayas notas de frivolidad y mundanismo en aquel infierno zolesco.

Aquella mañana, mientras Ricardito sufría el intenso calor que despedía la boca de uno de los grandes hornos, hicieron su visita a la fábrica varios jóvenes aristócratas entre

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G - 104 : BARCELONA

los que iban Carmen Navarro, mejicana y millonaria, que como Beatriz, la amada del Dante, se dignaba pisar, con sus piececitos de hada, aquel sombrío reino de un Plutón moderno.

Con la curiosidad propia de la juventud, Carmencita se separó de sus acompañantes y se acercó al horno donde Ricardito templaba una gran barra de acero.

Atraída por la simpatía que se reflejaba en la cara de aquel muchacho, a quien ella creía un simple operario, le hizo varias preguntas y una vez satisfecha su curiosidad se dirigió de nuevo hacia el sitio donde estaban sus compañeros de visita.

Sin sospechar el peligro que la amenazaba, marchaba la joven por una de las vías en el preciso momento que una de las vaguetas, cargada de material, descendía por la grúa desde el piso de arriba amenazando aplastar a la preciosa visitante.

Ricardito, para quien no había pasado desapercibida la belleza de aquella desconocida, la siguió con la vista mientras se alejaba y, al ver el peligro en que estaba, corrió hacia ella, saltando por entre los montones de hierro y acero que obstruían el paso, y de una brazada la libró de una muerte segura.

Una semana después, Samuel Sanford, en sus despacho de la fábrica, hablaba con su secretario, que le decía :

— ¡Otro cargamento de mineral se ha perdido misteriosamente!... Y lo peor es que ahora lo necesitamos más que nunca, para terminar el contrato de Burton.

— Precisamente es por esas pérdidas continuas, por lo que he decidido enviar a mi hijo a la mina, para que averigüe lo que sucede.

— ¿Sabe usted ya que la fábrica Eureka ha vuelto a abrir sus puertas? Lo que no he podido averiguar es quién le proporciona el mineral.

Al poco rato la conversación fué interrumpida por la entrada de Ricardito, que, vestido elegantemente, tal y como correspondía a su esfera social, venía dispuesto a emprender el viaje.

Antes de despedirse de su padre, volvió éste a repetirle :

— Ya sabes, Ricardo, que el porvenir de nuestra fábrica depende en absoluto de nuestra mina « El Grande » de Méjico... Algo anormal sucede allí ; por eso quiero que vayas tú e indagues lo qué es.

— Descuida, papá, que haré, como siempre, todo lo que pueda por cumplir tus consejos — repuso el muchacho, abrazando a su padre y disponiéndose a partir.

* * *

En la mina « El Grande », que suministraba la preciosa primera materia a la fá-

brica de Sanford, era encargado de ella un tal Martín Slade, un hombre ambicioso y sin escrúpulos, que estaba haciendo su agostó a cuenta de Sanford y que tenía por ayudante oficial y cómplice particular a Víctor Allen.

Aquella tarde al entrar Allen, para darle cuenta de los trabajos a su jefe, le dijo :

— Ya tengo preparados otros diez vagones de mineral para la Eureka... Esta noche, cuando se vayan los hombres, los enviaremos.

— Un mes más en esta mina, querido Allen, y yo te aseguro que no tendremos necesidad de volver a trabajar en toda la vida — repuso Martín.

En aquel momento entró con el correo el viejo Pedro, un pobre hombre lisiado, que en la comedia de la vida sólo podía desempeñar, al parecer, el papel de comparsa.

Después que hubo dejado sobre la mesa las cartas y diarios de que era portador, salió de nuevo sin dirigir la palabra a ninguno de los dos hombres.

— ¿No cree usted que sería prudente desconfiar de ese hombre? — preguntó Allen.

— El viejo Pedro es absolutamente inofensivo — contestó aquél. — Además, para mayor seguridad nuestra, no conviene variar de personal.

Mientras tanto, el tren que conducía a Ricardito se acercaba a tierras mejicanas,

y el Destino, que juega a las carambolas con la vida de los hombres, había llevado al mismo tren a la sugestiva Carmen Navarro.

A la hora de comer se sentó Ricardito en la mesa del vagón-comedor, en que estaba Carmencita y le preguntó, para entablar conversación con ella :

— Perdón... ¿No es usted la señorita que tuve el placer de salvar en la fábrica de Sanford?

— Sí señor, y celebro que la casualidad me haya proporcionado la satisfacción de darle las gracias.

— En esta ocasión el que debe estar satisfecho de poder contemplar sus ojos, que son un poema, soy yo... Si fuese hijo de las Musas, me inspiraría en ellas, para escribir los más bellos madrigales.

— Yo creía que el templar acero y el ser galante eran dos cosas casi incompatibles, pero usted me demuestra lo contrario — repuso la joven sonriéndole y mirandole de una forma demasiado expresiva.

Iba a contestarle Ricardito con otra galantería, pero se le cayó la servilleta al suelo y al ir a cogerla, un chiquillo, que se había metido debajo de la mesa, se agarró a una de las torneadas pantorrillas de la muchacha.

Carmencita creyó que había sido Ricardito y ante el asombro del joven, se levantó indignada diciéndole :

— ¡Es usted un sinvergüenza y un atrevido!... ¡Y yo que creía que hablaba con un caballero!

Ricardito se quedó como quien ve visiones, sin poderse explicar la actitud de su bella compañera, pero al ver salir al pequeñín comprendió todo y no pudo menos que reírse de la casualidad que había motivado el engaño de la joven.

Aliviadas al darse cuenta de que el muchacho no quería molestarla, las dos muchachas se acercaron a la puerta.

— ¡No te asustes, Carmen! — dijo Ricardito — No te asustes, yo no te haré daño. — La muchacha se quedó callada, pero al ver que el muchacho la miraba con una sonrisa amistosa, se acercó a él y le susurró: — ¿Por qué te has quedado aquí? — Porque mi papá me mandó a ver a mi hermano, que vive en este pueblo. — ¡Ah! — respondió Ricardito — Entonces, ¿te quedas aquí? — Sí, porque mi papá me mandó a ver a mi hermano, que vive en este pueblo. — ¡Ah! — respondió Ricardito — Entonces, ¿te quedas aquí? — Sí, porque mi papá me mandó a ver a mi hermano, que vive en este pueblo. — ¡Ah!



Areada por la simpatía que se reflejaba en la cara de aquel muchacho...

II

El tren llegó por fin al pueblo mejicano de Sonora, donde debía apearse Carmen Navarro y Ricardito Sanford. Por más que esperó éste, para ver si se apeaba la joven, no la vió por ningún lado y se acercó a unos indios para preguntarles por la casa de don Ramiro Hernández, a quien iba recomendado por su padre.

— ¡No interrumpas la siesta, hermano! — le contestó el indígena.

— Perdón... perdón — exclamó el muchacho cómicamente. — Ignoraba que tenía aquí personas de mi familia.

Por fin un europeo le indicó un coche que en aquel momento comenzaba a andar diciéndole :

Tome aquel coche y el conductor le dirá dónde vive don Ramiro.

Después de una carrera no muy corta, Ricardito consiguió encaramarse sobre el techo del coche, pero su peso era mucho mayor que la lona que cubría al carroaje y de pronto se encontró sentado al lado de Carmencita.

— ¡Qué placer para mí el habernos encontrado otra vez, señorita! — exclamó al verla. Pero ella, por toda contestación, volvió la cabeza hacia otro lado.

— Por lo que veo, seguimos los dos el mismo camino, ¿no es eso? — volvió a insistir él, pero obtuvo el mismo resultado.

Durante todo el resto del viaje continuaron en silencio y únicamente alguna que otra mirada que cruzaron fué lo único que expresó la mutua simpatía que se inspiraban.

La hacienda de don Ramiro Hernández, tío de Carmen y representante en Méjico de la casa Sanford, era un rincón paradisiaco famoso en muchas leguas a la redonda por su hospitalidad.

Al llegar a la puerta de la casa el coche



— ¿De modo que a usted le gustaría conocer de cerca algunos bandidos verdaderos?

donde viajaban nuestros dos protagonistas, bajó de él Carmen y se dirigió a ella diciéndole al criado que salió a abrir la:

— ¡Cierra esa puerta y no dejes entrar a ese títere! — y señaló a Ricardito, pero éste saltó las tapias del jardín y entró en una de las habitaciones de la casa, donde se encontraba el propio don Ramiro.

— ¿Don Ramiro Hernández? — preguntó el muchacho.

— Servidor de usted — respondió éste con su peculiar amabilidad.

— Yo soy Ricardo Sanford y traigo orden de entregarle esta carta.

Abrió don Ramiro la carta que le entregaba el hijo de su representado y leyó lo siguiente :

« Señor don Ramiro Hernández.

Sonora.

Querido don Ramiro : Tengo el gusto de presentarle a mi hijo Ricardo, que va a esa a investigar las causas de las continuas pérdidas que sufren los envíos de mineral de nuestra mina. Espero que tendrá usted la amabilidad de darle toda clase de facilidades para que cumpla su misión.

Un apretón de manos de su buen amigo,

SAMUEL SANFORD.»

— ¡Esto es para mí una verdadera sorpresa, joven! — exclamó cuando terminó la lectura. — ¡Ni una palabra sabía de esas pérdidas. Mientras usted descansa un poco del viaje, voy yo a mandar a buscar al encargado de la mina.

Y mientras Ricardito, guiado por uno de los criados, subía a las habitaciones que le habían destinado, don Ramiro mandaba buscar a Martín, para que se presentase inmediatamente.

* * *

Unas horas después, Martín Slade hablaba con Ricardito en el despacho del señor

Hernández y encontraba el primer obstáculo en su camino triunfal, cuando éste le dijo :

— A causa de las pérdidas inexplicables del mineral, el joven Sanford ha venido a practicar una minuciosa investigación.

— Creo que no se trata de pérdidas, sino de algo de tardanza — repuso Slade. — Estoy seguro de que la mayoría de los cargamentos perdidos se habían cruzado con usted. En todo caso, si esas pérdidas son ciertas, el mineral debe haber sido robado en alguna de esas estaciones semisalvajes del trayecto.

— Yo creo que lo más práctico es avisar a la policía y al cónsul de los Estados Unidos, para que ellos aclaren este asunto — propuso Ricardito.

— Me parece que lo más prudente es no dar paso alguno hasta que mi ayudante me entregue la información que voy a encargarme — objetó Slade.

En aquel momento se presentó Carmen, y su tío, presentándola a su huésped, le dijo:

— Sanford, tengo el gusto de presentarle a mi sobrina.

Comprendió Ricardito que la joven no había olvidado todavía lo sucedido en el tren y le explicó lo acaecido, mientras le ofrecía el brazo, para conducirla al comedor.

— Créame, señorita, padece usted una equivocación... Había un chico debajo de la mesa en el tren y él fué el causante de las fechorías que usted me atribuyó.

Y durante la comida el joven Sanford confesó el criterio tan distinto que tenía formado de Méjico, diciendo :

— Yo creía que Méjico era un pueblo terrible, donde los bandidos asaltaban las diligencias y limpiaban los bolsillos de los infelices viajeros.

— Todo eso ha pasado a la historia para no volver, afortunadamente — contestó don Ramiro, mientras que por la imaginación de Carmen cruzaba la diabólica idea de jugarle una broma de aquella índole a su simpático huésped y Slade pensaba que aquella creencia podría facilitarle la manera de suprimir a aquel inoportuno.



III

Carmen Navarro representaba para Slade el digno remate de todas sus ambiciones, pero la linda millonaria se sentía cautivada por el alegre optimismo de Ricardito.

— ¿Por qué no me contestó usted a las cartas que le escribí mientras estaba usted en Los Angeles, Carmen? — le preguntó Slade en un momento que quedaron solos.

— Yo solamente contesto a las personas que me interesan — repuso la joven.

— Me desprecia usted, Carmen... y sin embargo, sabe usted que la quiero, que la he querido siempre...

Pero ella, sin dejarle continuar, se marchó al jardín, impidiendo, de esta forma, una nueva declaración.

Cuando estuvo cerca del jardinero le dijo, sin fijarse que Ricardito escuchaba, desde el balcón, toda la conversación.

— Esta noche, tú y los otros criados ^{disfrazaréis} de bandidos. Quiero ^{asustar} un poco a ese extranjero que es nuestro

huésped, pero nada de brutalidades, ¿eh? No quiero que se le cause el menor daño.

Mientras tanto, Slade había llegado a la mina y le decía a su cómplice :

— ¡Va a descubrirse el juego! ¡El hijo de Sanford está aquí! Me parece lo mejor que tú y nuestros hombres os finjáis bandidos mejicanos y esta noche os apoderéis de él.

* * *

Aquella noche, noche tropical, en la que Cupido, desde la fronda obscura, lanzaba al azar sus flechas, sentados en uno de los bancos del jardín, que la luna inundaba con su romántica luz, Ricardito y Carmen hablaban animadamente.

— ¿De modo que a usted le gustaría conocer de cerca algunos bandidos verdaderos?

— le preguntó la joven.

— Sí... es lamentable no poder hablar más que con personas decentes — repuso él sonriendo y pensando en la broma que le tenía preparada su bella amiga.

En efecto, a pocos pasos de allí, los «terribles bandidos» de Carmen estaban dispuestos para actuar, pero no lejos de ellos había también otros bandidos, un poco más temibles, que en aquellos momentos recibían las órdenes de su jefe, Martín Slade, que les decía :

— Ya lo sabéis, ¿eh? Os apoderáis de él



Al salir Ricardito del jardín, los hombres de Carmen se arrojaron sobre él

y lo guardáis bien hasta que recibáis mis órdenes.

Al salir Ricardito del jardín, los hombres de Carmen se arrojaron sobre él, pretendiendo amarrarlo. Claro está que ni la joven ni sus criados conocían la destreza y agilidad del forastero, que de un salto asombroso se puso fuera del alcance de ellos.

Quería seguir Ricardito la broma hasta el final y, al ver un grupo de bandidos, que no eran precisamente los anteriores, sino los hombres de Slade, gritó :

— ¡Aquí estoy, señores bandidos! ¡Ya creía que se los había tragado la tierra!

Y después de varias carreras y saltos prodigiosos, se dejó coger por los que él creía supuestos bandidos, diciéndoles mientras le amarraban:

— Con cuidado, amigos, con cuidado. Lo cortés no quita lo valiente.

Una vez que lo tuvieron en su poder, cumplieron la orden de Slade y lo llevaron a la casa que éste ocupaba en la mina.

Mientras los bandidos descansaban de los saltos y carreras que les había hecho dar Ricardito, en una habitación contigua a la que estaba éste, Pedro, que estaba oculto en la misma, desató al muchacho y le informó de quiénes eran aquellos hombres y del verdadero ladrón del mineral.

Una vez en libertad, saltó por una de las ventanas y perseguido por los hombres de Slade, que se habían dado cuenta de su fuga, llegó a casa de don Ramiro, a quien le dijo:

— Creo que dentro de unos días tendré en mi poder al ladrón o a los ladrones de mineral.

○

Finalmente, si ver tu libro de estudios, dare tu
esta brevemente los siguientes: si lo
jornales de Slade, diré:

IV

Los primeros rayos del sol encontraron a los hombres de Slade resignados a comunicar a su jefe la desagradable noticia de la fuga del prisionero.

— ¡Slade va a ponerse hecho una fiera cuando sepa que ese maldito Sanford se nos ha escapado entre las uñas! — exclamó Allen. — ¡Saltarín del diablo! ¡Que se libre de ponerse al alcance de mis manos, porque lo ahorcaré sin piedad!... Vamos a contarle a Slade lo que ha sucedido... y prepararos todos para una buena bronca.

No tuvieron tiempo de levantarse, porque en aquel momento entró Slade preguntando:

— Bien, Allen, cuéntame... ¿Qué habéis hecho con el pájaro?

— No nos ha dado tiempo de hacer nada... porque se nos ha escapado.

— ¡Pues te has lucido, Allen! Si Sanford se pone al habla con la policía nadie te quita diez años de presidio, por lo menos. ¡Bien te has portado, bien! Ahora ningún trabajo le

costará a ese joven averiguar que hemos estado robando el material para mandárselo a la Eureka.

Nadie se atrevió a contestar a estas exclamaciones del Director de la mina, que preocupado por lo sucedido paseaba de un lado a otro de la habitación, hasta que por fin, como si se le hubiese sugerido un pensamiento feliz, dijo :

— Buscad los disfraces de policías y presentaros en casa de don Ramiro. Yo estaré para facilitar la detención.

* * *

Algunas horas después, Slade, en casa de don Ramiro, decía a éste :

— ¡El hombre que se ha presentado a usted como el hijo de Sanford no es más que un miserable impostor! Ese pirata está trabajando por cuenta de una fábrica rival de la de Sanford, la Eureka, de Los Angeles.

No dudó el bueno de don Ramiro de las palabras de su encargado, y al ver llegar a Ricardito no se pudo contener y le dijo :

— ¡Usted es un impostor que sorprendió mi buena fe y abusó de mi hospitalidad fingiéndose el hijo de Sanford!

— Acabo de avisar a la policía y los agentes estarán aquí, dentro de poco, para detenerle — exclamó Slade.



¡Usted es un impostor que sorprendió mi buena fe!

En efecto, en aquel instante se presentaron Allen y sus hombres que dirigiéndose al encargado de la mina le dijo :

— Venimos a detener al hombre que se hace llamar Ricardo Sanford.

— ¡Este es! — señaló Slade y luego volviéndose hacia don Ramiro continuó : — Si no hubiese sido por mi intervención, este hombre hubiera acabado por arruinar a ustedes completamente.

A los gritos de protesta de Ricardito, al verse maniatado, acudió Carmen, que corrió hacia su tío preguntándole :

— ¿Qué quiere decir esto, tío? ¿Por qué se llevan preso a Sanford?

— ¡Ese no es Sanford! ¡Es un ladrón!

— ¡No es verdad! ¡No lo creo! ¡Estoy segura de que si aquí hay un ladrón es Slade y no Sanford!

Todos los argumentos y razones que expusiera Carmen eran ya inútiles; los hombres de Slade se habían llevado al joven, y cuando llegaron a la casa lo arrojaron sobre un montón de paja a la vez que le decía Allen :

— ¡Si ahora te escapas, amiguito, confesaré qué eres el mismísimo demonio!

— Carmen sospecha... debe saber algo — dijo Slade a sus hombres. — Lo que vamos a hacer es huir con ella en seguida y llevárnosla con nosotros!

Al oír esto, no pudo Ricardito contener su indignación y gritó enfurecido :

— ¡Canalla! ¡Si se atreve usted a tocar a esa señorita, en cuanto me vea libre le mataré!

— Me parece que va a ser difícil — contestó riendo Slade. — Prenderemos fuego a la casa, y con las cajas de pólvora que hay aquí aprenderás aviación.

Aquellos desalmados pusieron en práctica su plan infernal, y segundos después las llamas prendían fuego en las viejas tablas de la vivienda.

La muerte de Ricardito era inevitable; nada ni nadie parecía poder impedir que



¡Venimos a detener al hombre que se hace llamar Ricardo Sanford!

los bandidos llevasen su plan hasta el final, pero Pedro, de quien nadie se había acordado, estaba al corriente de todo y al ver al simpático muchacho en aquella situación, intentó entrar para salvarlo, pero las llamas que habían hecho presa en los cuatro costados de la casa se lo impidieron. Entonces sacó su cuchillo, y rompiendo los cristales de una ventana se lo arrojó al prisionero, con una habilidad tan grande que el arma vino a clavarse cerca de donde aquél estaba.

Alcanzó Ricardito el cuchillo con la boca

y haciendo un esfuerzo consiguió clavarlo en el suelo. Hecho esto, cortó las ligaduras de sus manos y pronto se vió libre en medio del campo.

Dos minutos más y su muerte hubiera sido segura, porque en aquel instante la casa, que en otro tiempo fué vivienda de Slade, quedó destruída por una formidable explosión.



Al asentirlo, se acercó a la puerta y la abrió. La oscilante figura de un hombre se asomó por el umbral, y al ver la casa en ruinas, exclamó:

V

Decidido a llevar hasta el final el plan que había meditado, Slade y sus hombres se presentaron en casa de don Ramiro.

A la primera que encontraron al entrar fué a Carmencita, a quien le dijo el encargado de la mina:

— ¿Por qué me acusó usted esta mañana, Carmen?

— Porque cuando usted acusó a Sanford, ya sabía yo que era usted el ladrón del mineral.

Al oír aquella contestación, intentó Martín apoderarse de la joven, pero ésta huyó gritando:

— ¡Socorro!... ¡A mí!

El primero que acudió fué un criado, a quien le ordenó:

— ¡Echa fuera esa gentuza!

— ¡Va... Váyanse fuera... hagan el favor!

— exclamó el sirviente, queriendo adoptar una energía que estaba muy lejos de sentir.

Y mientras Slade trataba de apoderarse

de la muchacha, uno de sus hombres tiró por tierra, de un terrible puñetazo, al criado.

Al ruido producido por los muebles al caer durante la lucha de Slade y Carmen y a los gritos de ésta, acudió su tío y entre varios lo ataron y amordazaron.

Carmencita se consideraba perdida si un milagro no la salvaba, sus fuerzas se debilitaban por momentos y comprendía que pronto quedaría a merced de aquel infame, pero el milagro se hizo. Ricardito cuando se vió libre no pensó en otra cosa que en correr en auxilio de su amada a quien sabía en peligro y cuando llegó a la casa aún tuvo tiempo de salir en su defensa.

Su aparición aumentó aún más la indignación de los bandidos que se lanzaron a su persecución.

Pedro Flores no era ni tan viejo ni tan inútil como aparentaba serlo, sino que era un policía secreta que tenía la misión de comprobar la vida de Martín Slade.

En cuanto vió libre y salvo a Ricardito, corrió a un puesto de policía, para que le facilitaran algunos hombres y con ellos se presentó en casa de don Ramiro, donde consiguió capturar a toda la banda.

Después de tenerlos a todos atados, le estrechó la mano a Ricardito, diciéndole :



Carmencita se consideraba perdida si en su lugro no la salvaba.

— Soy Pedro Flores, de la Policía Secreta. Le estoy agradecido por habernos facilitado la detención de Slade y su banda, tras los que andábamos hace mucho tiempo — y luego encarándose con el jefe de aquellos ladrones, le dijo :

— Confío, querido Slade, que no le aprovechará mucho el mineral que sacó usted de nuestra mina...

En aquel instante se presentó don Ramiro, acompañado de su criado, que al ver atado al que le dió el puñetazo se acercó a él y se cobró con creces del que había recibido.

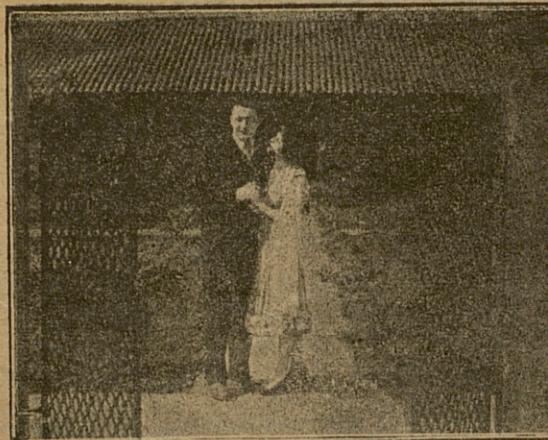
— Le ruego, señor Sanford, que me perdone la falta cometida por dar crédito a las palabras de ese bandido de Slade — exclamó don Ramiro, cuando se quedaron solos.

— No se preocupe, don Ramiro. Usted no tiene la culpa de nada y yo estoy satisfecho de haber cumplido los deseos de mi padre.

Fué a contestarle, pero Ricardito le dejó con la palabra en la boca, al ver que en el balcón estaba Carmencita, mirándole cariñosamente.

— Yo... la verdad, no creía que tan pronto se le tomase cariño a las personas... — le dijo ella cuando estuvo a su lado. — ¡Si supiese usted cuánto sufrí al saber que estaba usted preso!...

Sus bellos ojos, negros como la noche, se posaron mimosos y zalameros en los de él



Sus bellos ojos, negros como la noche, se posaron mimosos y zalameros en los de él

y con sólo mirarse se dijeron infinidad de cosas que tal vez sus labios no hubieran podido expresar.

Don Ramiro contemplaba atónito la escena y por fin se dijo :

— ¡Carape! Me parece que estoy estorbando!

FIN

==== 1000 ====

DIRECCIONES DE ARTISTAS
CINEMATOGRAFICOS



Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con la
direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas
productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que
ofrecemos a nuestros lectores



ORDEN DE PRECIO: UNA PESETA

Precio de este interesantísimo libro:

UNA PESETA

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO : 3 PTAS.